

## Dos rutas pedagógicas: Cuarto centenario de *El rey Lear* y del *Quijote*

Miguel Angel Montezanti

La conmemoración de un nuevo centenario de la aparición de la primera parte del *Quijote* induce a recoger dos testimonios contemporáneos del tercer centenario: Rubén Darío dedicó al menos dos poemas de *Cantos de vida y esperanza* a Cervantes o a su obra. (1905). En uno de ellos “Letanía de Nuestro Señor Don Quijote”, descalifica abiertamente los comentarios eruditos *à la page*: “de las Academias/ Líbranos, Señor”, dice en una parte. Y en otra: “soportas elogios, memorias, discursos / resistes certámenes, tarjetas, concursos...” Darío revela descontento ante lo que llamaríamos la burocracia de las efemérides. Su poema, que reivindica el ser español es, por denigración de sus contrarios, una proclama de su poética alejada de la retórica vacua. El otro testimonio pertenece a Ramiro de Maeztu, quien en su referencia prolija a los panegíricos organizados en torno del tercer centenario se parece un poco a Darío. Revela y admite la soledad de su propia voz al proclamar, al *Quijote* “apoteosis de nuestra decadencia”. Dedicó muchas páginas de su ensayo a comprobar que Don Quijote es el epítome de un cansancio español al “reconocernos vencidos ante el ideal inasequible”. No es mi propósito refutar ni comentar a tan encumbradas personalidades ni añadir nuevas interpretaciones a las que parecen agobiar a los precitados, sino más bien poner al *Quijote* como propuesta humanista en relación con otra obra cuyo cuarto centenario también se conmemora este año: en 1605 subió a escena *El rey Lear*, de William Shakespeare.

No hace falta referir el argumento del *Quijote*, dado que el personaje ha sido uno de los pocos afortunados entes literarios que se han salido de las páginas del libro –como la pareja de amantes de “Continuidad de los parques”, de Cortázar; como los personajes en busca de autor, de Pirandello- cuya mezcla de planos narrativos está ciertamente anticipada por el libro de Cervantes.

Don Quijote es nuestro compañero, tal vez el más fiel y vívido, instalado entre nosotros como un ser real. No me parece que en el imaginario popular prenda siquiera la figura de Hamlet con tanto vigor. En cuanto a personajes shakespearianos de fama parecida, acuden a la mente no el rey Lear, sino Otelo como estereotipo del celoso y Romeo y Julieta, amantes desastrados.

*Rey Lear* trata de un rey octogenario, que reina en la Britania precristiana, Decide dividir su reino en favor de sus tres hijas. Una de ellas, la menor, llamada Cordelia, cuyas palabras son las más sinceras, cae en desgracia y es expulsada del reino. Paralelamente se desenvuelve la historia de un conde que tiene dos hijos, uno legítimo y

el otro bastardo. Este último se las compone para malquistar a su medio hermano con el padre a fin de desplazarlo. El rey, despechado por el mal trato que le dispensan sus dos hijas mayores, cae en la locura. Las hijas, casadas, se disputan los favores del bastardo. La tercera hija regresa para auxiliar a su padre. Son derrotados, pero las hijas mayores se exterminan entre sí. Cordelia es muerta en la prisión. El rey Lear muere con Cordelia en sus brazos, confortado acaso con la esperanza de que su hija viva. El hijo legítimo del Conde instauro un nuevo reinado en la nación.

A primera vista no existen puntos de contacto entre estas obras. Don Quijote no tiene hijos con quienes dirimir cuestiones sucesorias ni Lear tiene nada que lo asemeje a un caballero andante. La locura por la que ambos atraviesan - más breve en el caso de Lear- es un punto tangencial. Sin embargo, toda obra plantea la relación entre un sujeto y los demás, y éstos se transforman a la vez en sujetos de nuevas relaciones, en una malla dinámica e inagotable. Este trabajo indaga sobre las relaciones interpersonales en estas obras. La presencia más constante en las páginas que recorreremos al acompañar a Don Quijote es Sancho. Sancho no es hijo carnal de don Quijote, aunque éste ha de llamarlo muchas veces con ese apelativo paterno-filial. No es mi propósito discurrir nuevamente por la pedagogía del *Quijote*, punto que ha llamado la atención de importantes tratadistas, como Américo Castro, Miguel de Unamuno, Arturo Marasso y Giovanni Papini. Con todo permítaseme organizar esta reflexión en torno a los siguientes ejes.

En primer lugar, dado que la sentencia latina refiere aquello de *verba movent, exempla trahunt*, deberé detenerme en la conducta de Don Quijote, quien en todo se muestra respetuoso y mesurado excepto cuando alguien ofende o desprecia a su señora Dulcinea. Su ira no se inflama siquiera cuando le hacen comentarios desafortunados acerca de la caballería andante: pacientemente comienza a refutarlos, y si en algo se enciende es por el apasionamiento sano con que alguien debe defender los principios de lo que es su razón de ser. Lo conocemos poco menos que asceta en el tratamiento de sus necesidades inmediatas. Volcado a pensamientos elevados olvida fácilmente la comida y hace gala de dormir a la intemperie con escaso cobijo, para desolación de Sancho, que codicia una buena cama y manjares con que regalar su estómago (episodio de las bodas de Camacho, estada con los Duques). Se muestra magnánimo con aquellos a quienes consigue verdaderamente derrotar. Se niega a despojar al vencido de ninguna de sus pertenencias, y si lucha por el yelmo de Mambrino –que es una bacía de barbero- lo hace pensando que es un trofeo de origen legendario. Las desventuras no hacen de él un cobarde ni un descontentadizo ni un resentido. Al contrario, pareciera que aguijonearan el afán de cumplir los propósitos nobles de la caballería andante. El pensamiento puesto en Dulcinea –la forma de impulso erótico conocida como *amour courtois*, - lo mueve a desalentar a

aquellas muchachas que, normalmente industriosas para burlarse a su costa, le proponen indiscretas conversaciones y visitas. No existe tampoco en él la envidia, que en todo caso asumiría la forma de una esforzada emulación de aquello que –según sus dichos- practicaron los caballeros andantes. No moran en él ni la murmuración, ni la mentira, ni la adulación interesada, porque los pasajes inflamados con los que se dirige a alguna dama son remedos de parecidos discursos galantes puestos en boca de los caballeros antecesores, ya resguardados por la fama: constituyen acatamientos a la belleza y la virtud, no lisonjas. Debe decirse que aunque el tema del caballero y el santo está presente en el *Quijote*, Cervantes no presenta a Don Quijote hagiográficamente. Pero queda en claro que la vocación del caballero andante puede ser aparejada a la vocación del santo. Y si “El celo del Señor me devora”, para Don Quijote la devoción y enaltecimiento de Dulcinea fungen como exigencias reverenciales no alejadas de la piedad religiosa. La lista de conductas quijotescas se vuelve interminable. Con todo, admítase un par de consideraciones en lo que atañe a tratar con Sancho. Sancho llega a sentir veneración y amor por su amo, al que seguiría hasta el fin del mundo a pesar de sus frustraciones y a pesar de tenerlo a veces por mentecato. Como en otras pedagogías andantes, por ejemplo la de *Don Segundo Sombra*, el discípulo se forma y crece al lado del maestro, que predica con ejemplos sobresalientes. Don Quijote lo ilustra y educa en lo que para él es lo más alto, a saber, las leyes de la andante caballería, y le permite impertinencias y rudezas con una paciencia que asombra. Ciertamente es que se ofusca al punto de llegar al castigo físico, por ejemplo cuando Sancho pone a la princesa Micomicona por encima de Dulcinea (parte I, cap. XXX). También se enoja cuando sabe de las palabras descomedidas de Sancho ante ilustres personajes (parte II, cap. XLVI). En cualquier caso, queda claro que, pasado el arrebatado, Don Quijote pide disculpas a Sancho, sin dejar que la ira, como dice San Pablo, se extienda más allá del término del día y se convierta en resentimiento. Acto seguido, le da su bendición. En otra ocasión reprende a Sancho cuando lo oye hablar de su mujer, Teresa Panza, invocando que ella “en efecto es madre de tus hijos” (parte II, cap. XXII); también lo amonesta cuando Sancho ha provocado un entredicho con la Dueña Rodríguez (parte II, cap. XXXI). En otras palabras, Don Quijote se comporta de acuerdo con los principios de un padre, tutor o maestro, paciente y comprensivo, exigente en los casos en que se tratan con desaprensión las cosas que dignifican el alma y ocasionalmente airado cuando la irreverencia toca a lo que hay de más noble y esforzado.

Un segundo eje, parecidamente inagotable, es el de lo que Don Quijote revela por medio de sus discursos. Se nos dice repetidamente que era juicioso y atinado excepto cuando se trataba de la materia de la caballería. Entre los ejemplos de discursos no inmediatamente dirigidos a Sancho, consideraré como elocuente el de la conversación que sostiene con el caballero del Verde Gabán (parte II, cap. XVII). Este caballero tenía un hijo quien, contrariando los deseos de su padre,

quería dedicarse a la poesía. Don Quijote comienza su reflexión con las palabras: “Los hijos, señor, son pedazos de las entrañas de sus padres y así, se han de querer, o buenos o malos que sean... A los padres toca el encaminarlos desde pequeños por los pasos de la virtud, de la buena crianza y de las buenas y cristianas costumbres”. En cambio, no considera acertado forzarlos a que estudien tal o cual ciencia, aunque no pone reparos a que se les persuada. Luego viene una jugosa disquisición acerca de la poesía y de la lengua en la que habría de cultivársela, que ahora no es pertinente. Con todo, consiéntase esta cita: “Si el poeta fuere casto en sus costumbres lo será también en sus versos; la pluma es lengua del alma: cuales fueren los conceptos que en ella se engendraren, tales serán sus escritos”. Otros discursos memorables son cuando pronuncia el célebre discurso de las armas y las letras; cuando evoca la edad dorada para contraponerla con la del hierro, ocasión de la caballería andante (parte I, cap. XI), o cuando compara a los caballeros con los religiosos y ascetas (parte I, cap. XIII).

Restaría, en fin, pasar revista a los numerosos pasajes en los que Don Quijote alecciona directamente a Sancho, a quien llama, más que escudero, amigo. La consideración de la amistad entre el maestro y el discípulo nos habla de una madurez en la relación de la que no están exentas las grandes tradiciones pedagógicas; entre ellas, naturalmente, la de Cristo con sus discípulos. Así, por ejemplo, ante la necesidad de alimento, Don Quijote se encomienda a la Providencia Divina, en una consideración que finaliza armonizando la lanza con la pluma (parte I, cap. XVIII). En ese mismo capítulo, a pesar de haber perdido varias muelas a causa de un pedrisco, Don Quijote consuela a Sancho por las adversidades sufridas. También lo reconviene por recordar demasiado las injurias, asegurándole que “es de pechos nobles y generosos no hacer caso de niñerías.” Asimismo ilustra a Sancho con los conocimientos profanos que él posee, por ejemplo sobre cosmografía, medicina, astronomía, herboristería y, significativamente, usos lingüísticos. Pero los que más se destacan son sus discursos morales, por ejemplo cuando establece la diferencia entre la afrenta y el agravio (parte II, cap. XXXII); cuando discurre sobre las dos maneras de hermosura, la del alma y la del cuerpo (parte II, cap. LVIII);. Y aunque Borges recela un dejo de envidia cuando Sancho se va de Gobernador a la ínsula Barataria, lo cierto es que don Quijote no escatima la promoción de su escudero, con lo cual cumple la consigna generosa que consiste en alegrarse el maestro de que su discípulo lo supere.

De todos modos, el discurso más aleccionador es el que consta en los consejos, algo así como el decálogo que debiera presidir el despacho de los gobernantes (parte II, cap. XLII): Don Quijote comienza con una glosa del principio *Timor Domini initium sapientiae*: “ Primeramente, ¡oh hijo!, has de temer a Dios, porque en el temerle está la sabiduría, y siendo sabio no podrás errar en nada”. Viene luego el *Nosce te ipsum*, “Conócete a ti mismo”, para evitar hincharse uno como la rana: lo induce a reconocer la humildad de su linaje, a adoptar el camino de la

virtud, a no despreciar a sus parientes, a enseñar a su mujer, a evitar el cohecho, a discernir la verdad, a ser justo y no apasionado, a gobernar con clemencia, etc. Veamos cómo termina: “ Si estos preceptos y reglas sigues, Sancho, serán luengos tus días; tu fama será eterna; tus premios, colmados; tu felicidad, indecible... y en los últimos pasos de la vida te alcanzará el de la muerte en vejez suave y madura (....)”

En un libro de hace casi medio siglo, John Danby ha señalado dos conceptos de naturaleza presentes en la obra *Rey Lear*. De la mano de Bacon y de Hooker caminamos a un concepto antiguo y medieval. Según esta noción se reconoce a Dios como Creador y se deduce una disposición armoniosa y benevolente de todo lo creado. El Renacimiento hereda de la Edad Media esta noción de un macrocosmos perfectamente ordenado –que es lo mismo que decir jerárquico-, de modo que cada uno de los seres que componen la “cadena del ser”, al cumplir las finalidades que le han sido conferidas, contribuye al perfecto concierto de las cosas existentes. De allí que la metáfora perfecta en referencia a eso sea la música. No es en realidad metáfora si se piensa que el ajuste perfecto de todos los eslabones construye una armonía perfecta y sublime, tal cual describe Fray Luis de León en la conocida “Oda a la Música”. (o “a Salinas”). No sólo se reconoce el orden del macrocosmos, sino también del microcosmos –el hombre- cuyas distintas partes deben estar equilibradas para proporcionar un sentido de serenidad completa y balance de todos los antagonismos.

La costumbre reguladora de las relaciones humanas se entiende derivada de este concepto de naturaleza ordenada y benéfica. El Rey Lear decide repartir su reino conforme con un principio curioso, que consiste en hacer declarar a estas hijas cuál de ellas lo ama más. El amor filial es entendido como una cuestión de discurso pomposo, más o menos retórico; quien elabore la proclamación lingüística más sobresaliente del amor ganará el afecto y las mejores posesiones del rey. Cordelia, la hija menor, sobre la cual el rey ha depositado sus mejores expectativas, es la más parca, pero también la más sincera al responder: “Señor, os amo de acuerdo con mi obligación (*bond*), ni más ni menos”. Semejante laconismo enfurece al rey, que le fulmina el exilio. Sin embargo, la respuesta de Cordelia es cabal, y si la transportamos a lo que nos interesa, intensa en su misma parquedad: un hijo debería amar a su padre conforme con la naturaleza del vínculo, es decir, según cada uno es. Amar al padre como debe amarse al padre supone un esencialismo en la concepción de las relaciones: asume un vínculo entre un progenitor que da la vida y un génito que la recibe. Aquél prodigará los cuidados necesarios; éste mostrará el reconocimiento filial: a saber, el debido respeto y la asistencia en la vejez o en la debilidad. Un padre es algo grande, pero no es más grande, en términos cristianos, que el Padre Dios. La hipérbole amatoria, que Cordelia no sólo detesta, sino tampoco sabe construir, es engañosa por lo mismo que es palabarrera: el vetusto oído de Lear está preparado, más

para una complacencia de sonidos que para una complacencia en los actos. Pero la chochez del rey, que lo ha conducido al descomedimiento de dividir su reino según la adulación, no impide que en su escala de valores siga funcionando la exigencia del amor paterno-filial. El peor pecado de las hijas es la ingratitud. En un pasaje de exasperación las llama "Pelican daughters", tal vez retorciendo el sentido místico que dan al pelícano los bestiarios, a saber, figura de Cristo que alimenta con la sangre de su costado abierto por la lanza. El pelícano, según la tradición, se abre el pecho para alimentar a sus polluelos. Para Lear sus hijas practican ese extremo de crueldad contra el pecho paterno. En un pasaje significativo el rey responde a su hija quien lo fustiga diciéndole que él no tiene necesidad de los caballeros que exige mantener como cortejo:

¡Ay, no discutáis la necesidad! Nuestros mendigos más despreciables  
Tienen cosas superfluas a pesar de su pobreza.  
Si no concedéis a la naturaleza más de lo que la naturaleza necesita,  
La vida del hombre resulta tan poca como la de una bestia. Vos sois  
una dama;  
Si la magnificencia consistiera sólo en usar una vestimenta abrigada,  
Entonces la naturaleza no necesitaría de la magnificencia que vos  
desplegáis,  
Y que apenas os mantiene abrigada. (Act II, esc. 4)

En esta consideración Lear no sólo descalifica a sus hijas sino lo que ellas representan; un orden social injusto y ostentoso, un constructo hipócrita que desautoriza aquello mismo en lo que incurre. En un pasaje posterior, ya víctima de la locura, Lear aparece en un descampado, desafiando la tormenta y sin abrigo. Esta situación lo hace reconocer la esencial desnudez del ser humano, y de ello nacerá una piedad que acaso podamos llamar quijotesca: Lear tiene compasión de otros pobres y desamparados, a quienes invita a entrar en la cabaña y a calentarse. La solidaridad con el menesteroso ha sido y es un índice definitorio de la calidad de los seres humanos.

El catecismo explicado por Thomas Becon, capellán de Cranmer, es fuertemente orientador de la posición de la hija menor, Cordelia:

Es grande, confieso, el honor y la obediencia que los hijos deben a sus padres; no obstante, si les mandaren algo contrario a la palabra de Dios, en este respecto no han de ser obedecidos. El honor que se les debe a los padres debe ser ejecutado hasta tanto pueda conjugarse con el honor de Dios. Si en algún punto aquél oscureciera a éste, entonces debe ser rechazado absolutamente y descartado. Y podemos con rectitud y buena ciencia decir: "debemos obedecer a Dios antes que a los hombres" (*Cit.* en Danby, p. 116).

Cordelia percibe una incompatibilidad entre el hecho de amar verdaderamente al padre y pronunciar un bello discurso para ensalzar

ese sentimiento y obligación. Por eso desoye la amonestación contraria del rey, quien la invita a “mejorar un poco tus palabras”. Cordelia, exiliada, desaparece de la escena, y reaparece sólo al final, cuando regresa para auxiliar a su padre. Pero es tan imponente la respuesta del primer acto que bien podemos decir que su presencia se siente más fuertemente por su ausencia. Su regreso desde su segura posición en Francia debe leerse en consonancia con las palabras del primer acto: “Os amo de acuerdo como mi vínculo, ni más ni menos”. Es el vínculo el que ahora reclama que la hija socorra al padre derelicto, maltratado por sus hijas mayores y víctima de una enajenación. Cuando Lear estalla en la locura, toda la naturaleza lo acompaña en una estremecedora tormenta. El siglo XVIII no podía digerir que Cordelia muriera en la prisión y que el Rey Lear llevara a su hija muerta en los brazos. Por eso cambió el final, como si Shakespeare hubiera exacerbado la nota de dolor y de irracionalidad al permitir que los buenos perecieran a manos de los malos. Y sin embargo, el dramaturgo, con la misma decisión que su contemporáneo español, si bien con distintos tonos, no ha de perdonarle la vida al héroe insano. Y es notable que ambos, Don Quijote y Lear, hayan recobrado la razón y sean capaces de comprender las disparatadas acciones que han emprendido en el pasado. Cordelia lo entiende cuando consuela a su padre, diciéndole: “No somos los primeros / Que con la mejor intención hemos logrado lo peor”. El rey Lear se acoge al último consuelo: el de compartir con su hija preferida los días de la prisión, en una suerte de retorno casi infantil a una edad dorada:

Ven, vamos a la prisión

Los dos, solos, cantaremos como aves en una jaula.

Cuando me pidáis la bendición, me arrodillaré

Y os pediré perdón. Así viviremos

Y rezaremos, y cantaremos y nos contaremos viejas historias, y reiremos

Como mariposas de oro, y oiremos a los pobres desdichados

Hablar de las noticias de la corte, y hablaremos con ellos también

Sobre quién pierde y quién gana, quién goza del favor y quién lo ha perdido,

Y trataremos de explicar el misterio de las cosas

Como si fuéramos espías de Dios, y sobreviviremos

En una prisión con muros, a las camarillas y facciones de los poderosos,

Y a sus flujos y reflujos según las fases de la luna.(Acto V, esc. 3)

Es este un programa que delata la *metánoia* o conversión de Lear. De un señor despótico y arbitrario se ha replegado a la condición elemental del hombre, ha pasado de *deinós* a *deilós*, de terrible a indigente. La comparación con las aves enjauladas habla de seres inocentes, que cantan aunque estén reclusos. El perdón, la compasión, el canto, el rezo, revelan un nuevo programa pedagógico de purificación,

resignación y contento, en el sentido de contener o reducir todo a sus límites abarcables y preestablecidos.

En el otro extremo se hallan las hijas mayores y Edmundo, el hijo bastardo de Gloucester. Las hermanas mayores se enamoran de él y finalmente se destruyen en la disputa. Edmundo, en especial, plasma una visión de la naturaleza que vincularemos con el hombre moderno, larvalmente renacentista. La figura que subyace a esta concepción es la del filósofo Thomas Hobbes, para quien *homo homini lupus*: el hombre es un lobo para el hombre. Para Hobbes no existe una meta que consista en un *summum bonum*. Describe la felicidad como un continuo progreso del deseo (es decir, la negación de la felicidad). El deseo predominante es el del poder, “un deseo insaciable de poder tras poder, que cesa sólo con la muerte” (*Leviatán*, cap. XI). En esa búsqueda impulsan al hombre tres causas de reyerta: la competencia, la desconfianza y la gloria (*ibid.*, cap. XIII). En la irreflexiva repartición de su reino el rey Lear se ha dejado ganar por el capricho, aunque no probablemente por ninguna de las otras causas que describe Hobbes. No compite con nadie ni desconfía de que alguien le arrebatase la corona. Sólo oblicuamente podríamos pensar que lo mueve un móvil de gloria; eso es lo que deja entrever el deseo de conservar un importante cortejo de caballeros a su servicio. Pero esta intención dista mucho de ser explícita, y se mitiga bastante si pensamos que muchos más honores puede recibir como rey, a quien nadie le ha pedido que abdique, que como esta suerte de monarca jubilado. En el acto I, escena 2, leemos la exclamación de Edmundo a la naturaleza. Difícilmente podemos sustraernos a un asentimiento ante las palabras de Edmundo. En efecto, por qué el bastardo debería ser inferior al legítimo, por qué las costumbres malignas suelen ayudar a perpetuar estados humillantes, son cuestiones por las que estamos dispuestos a tomar partido.

Tú, naturaleza, eres mi diosa: a tu ley  
Someto mis servicios. ¿Por qué habría de  
Depender de la plaga de la costumbre, y permitir  
Que las remilgadas convenciones de las gentes me despojen  
Sólo por ser doce o catorce meses  
Menor que mi hermano? ¿Qué es esto de ser bastardo?  
¿Y por ello vil y ruin?  
¿Cuando mi cuerpo es bien proporcionado,  
Mi espíritu generoso y mis modales tan correctos  
Como los de los hijos de cualquier mujer decente? ¿Por qué nos ponen  
la marca  
De viles? ¿De vileza? ¿De bastardos? ¿Viles? ¿Viles?  
¿Cuando en la lasciva soledad de la naturaleza nadie adquiere  
Mejor físico y mayor energía,  
Cuando sobre una cama insípida, rancia y cansada  
Sólo se engendra toda una tribu de imbéciles  
Entre el sueño o la vigilia?

...



¡Ahora, dioses, amparad a los bastardos! (Acto I, esc. 2)

Pero lo inquietante es que Edmundo deifique a la naturaleza y que a una ley incierta, que es la de la cruel supervivencia, sujete su conducta. Reconociendo que él no es inferior a su hermano, pues sus componentes corporales y mentales no son inferiores a los de otro ser humano, se enorgullece de esta suerte de fisiología que lo deja a él en la posición privilegiada de ser la medida de todas las cosas, él mismo su patrón moral, su única ley. La supervivencia, la derrota de sus enemigos, la inescrupulosidad de sus maquinaciones lo inscriben en una galería donde subyacen conceptos expresados por Maquiavelo, Hobbes, Fausto, acaso Darwin. Citaré aquí un pasaje del novelista y ensayista mejicano Carlos Fuentes, proveniente del libro *Valiente nuevo mundo*. Dice así:

Para el cristianismo, la naturaleza es prueba del poder divino. Pero también es una tentación: nos seduce y aleja de nuestro destino ultraterreno; la tentación de la naturaleza consiste en repetir el pecado y el placer de la caída.

En cambio, la rebeldía renacentista percibe a la naturaleza como la razón de cuanto existe. La naturaleza es el aquí y ahora celebrado por los inventores del humanismo renacentista. El poeta Petrarca, el filósofo Ficino, el pintor Leonardo. El renacimiento nace –por así decirlo– cuando Petrarca evoca la concreción del día, la hora, la estación florida en que por primera vez vio a Laura –una amante de carne y hueso, no una alegoría, cruzar el puente sobre el Arno.

(*Valiente nuevo mundo*: Méjico: FCE, 1990, p. 51)

El objeto del engaño de Edmundo es el propio padre. Engañar al padre en algo que comporta la calumnia y la caída con desgracia del hermano es un antiguo tópico, del que no se excluyen la historia de Caín y Abel, la de los hermanos de José, y otros casos. Por supuesto, conlleva la claudicación del principio rector de cualquiera organización social. Edmundo ni siquiera ama a alguna de las hermanas. Se sirve de la pasión que ellas sienten por él a efectos de facilitar el progreso de sus ambiciones.

No hay en el Quijote un extremo de perversidad calculada como la que ostenta Edmundo. Los personajes que apalean a Don Quijote suelen ser rústicos o primitivos: se irritan ante las provocaciones insólitas de Don Quijote que les obstruye el paso o les endilga discursos que no entienden. Nada se urde. Los galeotes son verdaderos pícaros, gente de odas las épocas que vive una marginalidad. Ginés de Pasamonte es astuto, pero no va más allá de estafar a alguien o de hurtar el asno a Sancho. Si hay intriga, las finalidades son altas, por ejemplo cuando el Cautivo teje los pasos de su huida desde Argel para regresar a su patria, una página muy probablemente autobiográfica, o cuando los enamorados contrariados se entregan a distintos lances para poder reunirse con sus amadas, o éstas con aquéllos. La atmósfera del *Quijote* está menos cargada que la de *El rey Lear*, pero tal vez sea por

eso mismo más densa para nosotros: parece estar mostrándonos que los elevados propósitos se encuentran siempre con la mediocridad, la incompreensión, el egoísmo o el espíritu pragmático de aquel que no quiere ser interrumpido porque tiene otras cosas que hacer. Don Quijote, a quien Maetzta ve como el burgués que debería quedarse en su casa, no se queda en su casa. Es decir, cuando acepta quedarse, entonces es cuando muere. Lo quijotesco es en algún sentido lo fáustico, pero lo fáustico es empresa descabellada por agigantamiento del hombre; don Quijote emprende cosas descabelladas sin dejar de reconocer a Dios y a su señora. Edmundo es fáustico porque se considera el centro de todas las cosas. Probable y afortunadamente, haya menos Edmundos (que, además, suelen ser geniales), que yangüeses, cabreros, galeotes y otros grupos que representan el escaso vuelo, el conformismo, la rutina.

El Rey Lear, con toda su locura y su chochera a cuestas, no está lejos de don Quijote en lo que quisiera de sus hijas y en lo que da para ellas, aunque se equivoque. Hay una extremada humildad cuando acepta ponerse casi en el papel de un niño guiado por su propia hija, ahí cuando suena una última felicidad en la prisión, junto con aquélla a quien ama.

El alegorismo conduce a un abismo sin fondo. No es propósito de este trabajo interpretar alegóricamente las obras vistas. Entiendo que el universo de las relaciones humanas está bosquejado en ambas con principios semejantes: hay una entrega generosa a lo que se considera el deber sin medir las consecuencias: esto hermana a Don Quijote y a Cordelia. Hay, de parte de los protagonistas, un doloroso recobrar de la conciencia luego de la locura. La conciencia viene acompañada del reconocimiento de los límites, de la condición precaria del hombre. Y, como dice Don Quijote, cuando en su lecho de muerte quieren inducirlo a abandonar el cuidado de sus últimos instantes en pos de nuevos dislates: “en tales trances como este no se ha de burlar el hombre con el alma”.

En la *Ética a Nicómaco*, Aristóteles considera la felicidad como algo que es deseable con carácter final, es decir, que no se la desea para otra cosa. La elección de otros bienes se hace para conquistar el bien de la felicidad. Incluso, la elección del honor, del placer, de la razón, que se hace como valores en sí mismos, también se hace como medios para obtener la felicidad. Desde este punto de vista, creo, consciente de que la especulación que Aristóteles hace sobre las conductas humanas es en este caso trasladada a entes de ficción, parece que Don Quijote es más feliz que Rey Lear. Y es que en efecto, sus dolores parecen surgir de un desdén o alejamiento imaginario de que lo haría víctima Dulcinea, una suerte de *leit motiv* en el llamado amor cortés. Pero por lo demás, como hombre acostumbrado a la sobriedad y a la modestia, es decir, a ejercitarse en la virtud, su anhelo es el de la justicia, el cumplimiento de las altas leyes de la caballería andante. Privarlo de este ejercicio, que

es en sí mismo generoso, consiste en menoscabar su felicidad. En cambio Lear ve disminuido su antiguo acatamiento en la medida que ha cedido el poder a favor de sus hijas: y aunque él mismo es el autor de semejante cesión, sin embargo, el recorte de los honores a los que está acostumbrado y fundamentalmente, la ingratitud de las hijas, hacen de él alguien visceralmente infeliz. Nuevamente, en la adquisición de las virtudes, dice Aristóteles que es en el ejercicio de las cosas que no sabemos como aprendemos a hacerlas: así el constructor, que aprende a construir construyendo, o quien tañe la lira, que aprende a hacerlo precisamente tañéndola. De ese modo nos volveríamos justos practicando actos de justicia; templados, haciendo actos de templanza, valientes, haciendo actos de valentía. Como vemos, Don Quijote parece más entrenado en la práctica de la virtud, incluso si tomamos lo poco que sabemos de su vida anterior a la vocación caballeresca, porque era un hidalgo de limitados medios y de vida austera. No así el Rey Lear, a quien vemos en la práctica de un poder arbitrario, proclive a la ira y a la veleidad de los estados de ánimo.

Aristóteles menciona amistades realizadas sobre la base del bien, sobre la base del placer y sobre la base de la utilidad. De estas últimas dice que son más frecuentes en la edad madura que en la moza: afirma que en este caso una persona espera obtener provecho de otra, de manera que si ese provecho se frustra por algún motivo la amistad decae y se extingue. A los jóvenes, en cambio, los halla protagonistas de amistad por placer; pero puesto que la índole del placer es su transitoriedad, tampoco estas amistades suelen durar mucho. En cuanto a las mejores amistades, aquellas basadas sobre el bien, consigna que sólo el tiempo puede servir de prueba eficaz para comprobar su durabilidad.

Si nos atenemos a Don Quijote, veremos que las relaciones de amistad que mantiene con las personas de su pueblo derivan de su condición de vecino sencillo, respetable y respetuoso. Don Quijote forma amistades con las personas nobles a quienes conoce, y se reconoce amigo de las personas con quienes se aconseja, el Cura, el Barbero y el Bachiller Sansón Carrasco. Sancho persigue un interés concreto en el seguimiento a Don Quijote y se inquieta muchas veces por la paga. Cuando don Quijote revela que podrá irse con otro escudero, o con ninguno, Sancho empieza a llorar y a lamentarse. Finalmente, sabremos que sobre todo a partir de la gobernación de la Insula Barataria, habrá de seguir a Don Quijote por no poder estarse sin su compañía; en realidad, porque lo ama. La amistad, claro, sufrirá pruebas durísimas cuando Don Quijote intente por todos los medios urgir a su escudero a que se dé azotes, condición impuesta para desencantar a Dulcinea. Pero esto ya nos llevaría muy lejos. En cuanto a Lear, aquél que se mantiene más fiel, que es Kent, lo hace por acatamiento y amor a su señor. Sensatamente no podría esperar nada de él. Más bien lo asiste para impedirle conectar más locuras y para reivindicar, en lo posible, a Cordelia. Edmundo no es amigo siquiera de las mujeres que lo aman: sus propósitos han sido declarados en el

pasaje que hemos comentado. La galería de personajes perversos en Shakespeare recorre a Ricardo III, a Iago y a muchos otros. Los veremos solitarios o amistosados para cometer el mal.

La aplicación de estos y otros conceptos a la figura de Edmundo, que yo quisiera examinar principalmente a la luz de lo que Aristóteles dice con respecto a la amistad de los malos sería otro punto que cautivaría nuestro interés, si Uds. tuvieran la necesaria paciencia, -incidentalmente, otra virtud de trabajosa adquisición- acaso, en otra disertación. Lo dicho ha sido suficiente para entrenar la que Uds. durante este rato generoso me han dispensado.

*Nota:* Cito *Rey Lear* de la traducción de Rolando Costa Picazo. Buenos Aires: Colihue, 2004

Las demás traducciones me pertenecen.